

Presentación del monográfico.* Las otras transiciones. Experiencias y relatos olvidados, alternativos y resistentes a los relatos hegemónicos de la transición a la democracia

Coordinado por

Josepa Cucó i Giner y Joaquim Rius-Ulldemolins

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Frente al carácter unívoco del discurso hegemónico sobre la Transición española, los artículos de este monográfico nos muestran la rica y no pocas veces contradictoria complejidad de un proceso que se enfoca desde un posicionamiento crítico. Un contenido que hemos englobado bajo la etiqueta *las otras transiciones*. Es decir, se pretende construir un relato diferente sobre la Transición, alejado del (y en contraposición al) discurso dominante de los últimos cuarenta años en el Estado español sobre el periodo que va desde el final de la dictadura hasta la victoria del PSOE en las elecciones generales de 1982. Durante estos años y hasta el estallido de la crisis de 2008 y sus efectos como crisis política en el 2012, el discurso se convirtió en parte de la ideología dominante en el sentido que le da Pierre Bourdieu (Bourdieu y Boltanski, 1976); es decir, se trata de unos conceptos naturalizados e incluso convertidos en estructura cognitiva que impedían repensar deficiencias, errores, renuncias o alternativas a la segunda restauración monárquica de 1978. En esta perspectiva, el régimen se transformó en aquello que se denomina *cultura de la Transición*, es decir, una perspectiva cognitiva presentista que reinterpretaba el pasado en función de la legitimación del presente y *olvidaba*, por ejemplo, los compromisos con el derecho de autodeterminación o la continuidad entre el régimen franquista y el reinado de Juan Carlos I. A la vez, esta cultura de la Transición generó un supuesto consenso extensivo a todas las capas de poder de la sociedad, desde el Estado profundo de altos funcionarios y jueces hasta los cantantes pop, pasando por escritores, periodistas o historiadores; se generó, pues, un consenso casi absoluto sobre el mencionado relato dominante (Martínez, 2012).

Durante estos años se produjo una grieta en la política y el campo académico del Estado español entre los que apoyaban la Transición y los que la criticaban. Los primeros la consideraban como un modelo (si no un modelo de democracia de calidad, ideal, al menos sí una vía pacífica a la democracia), mientras que los segundos, como una ocasión perdida o, lo que es peor, como una traición de los dirigentes a las esperanzas populares. El debate, pese a ello, fue desigual, puesto que los que estaban a favor de la Transición disponían de unos potentes altavoces en los medios de comunicación u ocupaban lugares centrales en el campo intelectual y cultural, como por

* Texto traducido por Josep Ribera Ribera.

ejemplo en revistas, editoriales o instituciones culturales (Pecourt, 2008). El resultado de esta hegemonía fue la reificación de un discurso que situaba la Transición como un pacto exitoso entre élites (con diferentes matices respecto al papel del movimiento antifranquista), un tránsito sin ruptura de la ley a la ley. Este discurso producía un consenso tanto en la derecha como en la izquierda promotora del pacto: se hacía un encendido elogio de la monarquía como elemento modernizador y de continuidad hasta extremos idealistas, y también del balance global del proceso al haber conseguido —al menos en apariencia— pasar de un régimen autoritario en crisis a un sistema democrático equiparable en todos los sentidos a las democracias occidentales avanzadas. Finalmente, como corolario de las argumentaciones favorables al nuevo régimen de 1978, se producía un ensordecedor silencio respecto a todos los crímenes del franquismo o de la represión y en cuanto a la violencia que se desarrolló durante este periodo (Casals, 2016).

A la vez, el triunfo del nuevo statu quo y del discurso que lo legitimaba llevó a la exclusión a otras tendencias políticas que propugnaban una ruptura; de hecho, todas las posiciones a la izquierda del PSOE y del PCE fueron expulsadas a las *catacumbas* de la vida política y cultural. Así, quedó silenciado el discurso de la izquierda revolucionaria, del anarquismo o de los movimientos sociales anticapitalistas, que criticaban el nuevo régimen por oligárquico y por defraudar las expectativas que habían tenido una buena parte de los sectores populares y de las minorías nacionales del Estado, puesto que, en buena medida, resultaron defraudadas en el desarrollo del nuevo régimen autonómico que muy pronto cerró las expectativas de un cambio democratizador y de una descentralización de mayor alcance (Bagur y Diez, 2005; Cucó, 2002).

No obstante, tal como se desarrolló en el Estado español la Transición, ni mucho menos fue el mejor modelo entre los procesos de democratización, empezando por la ausencia de ruptura jurídica, política y cultural con el régimen anterior. Los relatos hegemónicos sobre este cambio de régimen han obviado la forma en la que se desarrolló la Transición en el Estado español, elitista y con un régimen fuertemente oligárquico, a diferencia de Portugal, en cuya transición se produjo una ruptura y una democratización más profunda (Fishman y Lizardo, 2013). Habrá que esperar a los años dos mil para que las críticas vuelvan a tomar un alcance mayor y, sobre todo, para que ocupen nuevamente

un espacio más central en los debates sociales y académicos, que saldrán del ostracismo al que habían sido confinados durante treinta años con el surgimiento de varios libros dedicados a las luchas de las fuerzas políticas rupturistas contra la dictadura y la continuidad monárquica (Wilhelmi, 2016), en congresos y encuentros sobre los otros protagonistas de la Transición (Fundación Salvador Seguí, 2017) o en forma de documentales que recuperan la memoria histórica, incluyendo en este periodo aquellos otros periodos de represión y respuesta popular, como el asesinato de Valentín González en Valencia en el transcurso de una huelga (Confederación General del Trabajo, 2017). Así pues, el papel de las otras izquierdas, el movimiento sindical revolucionario o los nuevos movimientos sociales ecologistas, feministas y LGTB en la Transición ha vuelto a ser recuperado y valorizado en el mismo momento en el que las plazas se llenaban de nuevo y confluían las antiguas generaciones de militantes con las nuevas hornadas de activistas (Antentas, 2016).

Por todo esto, este monográfico quiere intentar corregir este déficit en el análisis de la Transición y dar voz a aquellas dimensiones que han permanecido, por el ejercicio del poder ideológico durante este periodo, amortiguadas o silenciadas —a pesar de su importancia histórica—, puesto que no eran coherentes con la idea consensual, elitista y edulcorada de la Transición. Por eso, también quiere recuperar la historia de los partidos y movimientos sociales a la izquierda de la izquierda que pactó con el régimen, analizar el surgimiento de los incipientes nuevos movimientos sociales o verter luz sobre la represión policial y el silencio ideológico que se produjo sobre estos sectores que proponían una ruptura democrática con el régimen anterior y un sistema social alternativo. A la vez, se quiere dar voz a los discursos críticos sobre la Transición y hacer un balance de las interrupciones o las continuidades con los movimientos y partidos políticos actuales que pugnan por el cambio social y político, como la antiglobalización, los movimientos urbanos, el 15M, la crisis territorial o la llamada nueva política del siglo XXI.

Los trabajos de Jordi Borja y Jaime Pastor nos ofrecen sendas miradas panorámicas que coinciden en enlazar dos momentos agitados y críticos de la sociedad española: el pasado —representado por la Transición Democrática— y el presente. Sus posturas y visiones se muestran, con todo, diferentes y distanciadas, con divergencias que se ponen de manifiesto tanto en el tratamiento diferencial que otorgan al PCE-PSUC, como en los énfasis y silencios presentes en los relatos respectivos. Así, mientras que Borja alude al papel del PSOE, Pastor no lo menciona; unos posicionamientos que se invierten en lo que concierne a la izquierda revolucionaria, curiosamente ausente del texto de Borja.

El artículo de Jordi Borja presenta la Transición como un proceso impregnado, desde el inicio, de fuertes restricciones y ambigüedades, pero que, aun así, tuvo la virtud de desbloquear la vía de la democracia. Por eso, a pesar de su carácter limitado y frustrado, y a pesar de la persistencia de una cultura política empapada de reaccionarismo, el autor considera erróneo establecer una continuidad entre Transición y franquismo. Los mitos y contramitos tejidos a su alrededor sirven a Borja para enlazar el pasado y el presente político y para reflexionar sobre un posible horizonte que nos acerque a la utopía. Los grupos ganadores de la Transición generaron una narración (el mito de la Transición

«angelical») que se difundió por todo el mundo y que afirmaba el carácter ejemplar de la democracia iniciada. Pero calificar este mito de «irritante falsificación histórica» no lo lleva a enaltecer los supuestos aciertos del contramito. Generado al inicio por la frustración de la militancia antifranquista que esperaba grandes cambios políticos y sociales de la Transición, la versión actual —más ideológica, más primaria y más basada en prejuicios que en conocimientos, según Jordi Borja— se forja en las nuevas generaciones que pugnan en la actualidad desde formaciones diversas (Comuns, Podemos, En Marea o Compromís) por una renovación en profundidad de la democracia, unos desafíos que el autor sopesa.

El trabajo de Jaime Pastor nos ofrece una versión sintética y cuidadosa de la Transición Democrática. La estructura de la narración adopta un carácter cíclico: empieza y acaba con la actual crisis sociopolítica y el nuevo ciclo de protestas que la acompaña; pensar sobre ambas cuestiones, la crisis y las protestas, lo conduce a indagar críticamente en las raíces del régimen actual (la Transición) y el mito que las envuelve. Describe primero las fases a través de las cuales se establecieron algunos consensos básicos entre la mayoría de las fuerzas en litigio (los «poderes fácticos», la élite reformadora y la oposición moderada), unos acuerdos que afectaron de manera notable al pasado y al presente, pero también al futuro de la nación. Los consensos cristalizaron en tres hitos clave: la Ley de Amnistía (1977), los Pactos de la Moncloa (1977) y la Constitución (1978), a la que el texto dedica especial atención y de la cual se mencionan debilidades e inconsistencias. En un segundo momento, Pastor nos revela su tesis sobre la Transición: fue una transacción asimétrica con consecuencias gravísimas, entre las que destaca el rápido proceso de «transformismo» experimentado por los principales partidos de la oposición con tal de adaptarse a los límites del cambio marcados por los «poderes fácticos» y para poder presentarse como alternancia en el Gobierno a los partidos de la derecha (UCD y AP, principalmente).

A continuación, los artículos de Pilar Toboso y Josepa Cucó se refieren respectivamente a dos actores de la Transición, el movimiento feminista y la izquierda revolucionaria, excluidos del discurso oficial y a los que la academia ha prestado, en general, una atención deficiente. Ambos movimientos partían de una base similar —premisas y reivindicaciones compartidas con los homónimos europeos y desarrollo de características particulares debidas a la presión del contexto franquista—, pero el transcurso de la Transición les afectó de manera muy distinta. Así, el texto de Pilar Toboso muestra la notoriedad del feminismo postfranquista, que a largo plazo llegó a alterar el modelo social y familiar dominante, y contribuyó a la vez a consolidar la cultura democrática. Tres importantes factores se encuentran en la base de su éxito. Primero, a pesar de ser un movimiento minoritario, aunque muy activo, sus objetivos y campañas consiguieron presencia y visibilidad en los medios de comunicación, un fenómeno bastante importante si lo que se pretende es ganar audiencia. Segundo, paralelamente, las feministas crearon espacios propios de encuentro (librerías, revistas, editoriales, etc.; los «contrapúblicos subalternos» de los que habla Nancy Fraser), donde formulaban contradiscursos e interpretaciones, perfilaban intereses y necesidades, y los hacían circular (Fraser, 1999). Tercero, a pesar de los desacuerdos existentes en su interior, el feminismo español consiguió crear un espacio unitario (la Plataforma de Organizaciones Feministas), desde el cual se construyeron objetivos y acciones comunes. Con este bagaje, gracias a la actuación de las diputadas de

las Cortes —las veintiuna congresistas elegidas en las elecciones de 1977— y a la presión del movimiento en las calles se abrió un nuevo escenario que forzó a modificar las leyes en sentido igualitario.

Como evidencia el texto de Josepa Cucó, la fortuna de la izquierda revolucionaria fue casi la inversa. Conformadas hacia finales de los sesenta, las distintas formaciones experimentaron un breve pero intenso periodo de crecimiento hacia la mitad de los setenta, etapa durante la que jugaron un papel decisivo en los conflictos de determinados sectores productivos y en las movilizaciones que en aquellos momentos conmovían las bases de la sociedad española, en especial en el movimiento de vecinos, de estudiantes y feminista. Durante este periodo y en medio de una fuerte fragmentación, las distintas organizaciones revolucionarias desarrollaron un activismo considerable en fábricas y calles, universidades y barrios. También trabajaron de manera activa a favor de la ruptura democrática, rebajando el grado revolucionario de su discurso para asumir la estrategia mencionada como propia. Pero su progresión se vio limitada por la particular dinámica que tomó el cambio político después la muerte de Franco. Excluidas de las negociaciones y pactos entre el Gobierno franquista y la oposición moderada, sufrieron importantes derrotas en los sucesivos comicios electorales celebrados antes de 1980. Junto con otras razones, esta sucesión de derrotas propició un rápido declive del conjunto de formaciones que desembocó, poco después, en un proceso generalizado de extinción del que muy pocas se salvaron.

El artículo de Benjamín Tejerina, aunque también reconoce, como Cucó, un cierto apaciguamiento y desencanto en las dos décadas posteriores a la Transición, destaca la excepcional amplitud de movilización en los años setenta y la capacidad que hubo para crear y consolidar los movimientos estudiantil, obrero, vecinal, antinuclear, feminista y nacionalista que caracterizan la etapa inicial del actual régimen del 78 y, a la vez, ponen el germen de las sucesivas oleadas de movilización hasta la actualidad. Tejerina realiza unas huellas visibles, como el haber puesto fin al silencio del franquismo, la recuperación de la calle por parte de una ciudadanía activa y la socialización de generaciones de activistas. A la vez, destaca su institucionalización durante el periodo democrático y su capacidad de detectar problemas sociales y conseguir reformas legales, a partir no tanto del consenso que señala la historiografía oficial de la Transición, sino de un profundo conflicto ideológico que todavía sigue en buena medida vigente, tal como podemos ver en la nueva oleada de movilización que hemos denominado 15M.

Por último, dos artículos elaborados por Arnaud Dolidier y Pere Beneyto coinciden en destacar el papel de los sindicatos en la Transición, pero difieren parcialmente en el punto de vista y la valoración del resultado. Por un lado, Pere Beneyto critica la visión elitista de la Transición y la caracteriza como una obra colectiva, en la cual el movimiento obrero tuvo un papel destacado. A partir del análisis de las grandes huelgas del 76 al 79, propone que, posteriormente, el movimiento obrero y sindical tuvo un papel propositivo en la construcción de un nuevo modelo de relaciones dominantes, una dimensión poco reconocida por los relatos preponderantes de la Transición. Por otro lado, centrándose en el movimiento sindical de base, Arnaud Dolidier analiza los movimientos sociales obreros durante la Transición Democrática española, específicamente entre 1976 y 1978.

En este periodo, según Dolidier, podemos observar cómo se transforman los discursos y representaciones en torno al asambleísmo obrero, que había protagonizado buena parte de la lucha contra el franquismo y que amenazaba con desbordar la Transición pactada entre las viejas élites franquistas y parte de los dirigentes del movimiento obrero controlado por el PCE y el PSOE. Así, a medida que avanza la Transición, estos líderes, que se convirtieron en una pieza central de los pactos que permitieron la creación del régimen del 78, empiezan a operar, en conjunción con medios intelectuales y periodísticos, la construcción de «una nueva esfera conceptual acompañada de discursos que desprestigian las prácticas asamblearias», acusadas de «desestabilizar el proceso político en curso». Este cambio discursivo se opera también en términos cognitivos, de forma que se estigmatizan los tipos de luchas rupturistas como «huelga salvaje» y se introducen los nuevos términos de la socialdemocracia con conceptos como «moderación», «negociación» o «reforma» para conceptualizar las relaciones sociales y laborales, lo que influye en el decurso de la acción colectiva hasta apaciguar la vía rupturista.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antentas, J. M. (2016). Podemos and the Spanish political crisis. *Labor History*, 58(4), 1-22. doi:10.1080/0023656X.2017.1255544
- Bagur, J., y Diez, X. (2005). *La gran desil·lusió: Una revisió crítica de la Transició als Països Catalans*. Vilanova i la Geltrú: El Cep i la Nansa.
- Bourdieu, P., y Boltanski, L. (1976). La production de l'idéologie dominante. En *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2(2), (p. 3-73). París: Le Seuil.
- Casals, X. (2016). *La transición española. El voto ignorado de las armas*. Barcelona: Pasado & Presente.
- Confederación General del Trabajo. (2017). *Valentín. La otra transición*. Valencia: Confederación General del Trabajo.
- Cucó, A. (2002). *Roig i blau: La transició democràtica valenciana* (1a ed.). Valencia: Tàndem.
- Fishman, R. M., y Lizardo, O. (2013). How macro-historical change shapes cultural taste: Legacies of democratization in Spain and Portugal. *American Sociological Review*, 78(2), 213-239. doi:10.1177/0003122413478816
- Fraser, N. (1999). Repensando la esfera pública. Una contribución a la crítica de la democracia actualmente existente. *Ecuador Debate. Opinión pública*, 46, 139-174.
- Fundación Salvador Seguí. (2017). Congreso «Las Otras Protagonistas de la Transición. La Izquierda Radical y los Movimientos Sociales» (Madrid, 24-25 de febrero de 2017). Madrid: Fundación Salvador Seguí / Universidad Complutense de Madrid.
- Martínez, G. (ed.) (2012). *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*. Madrid: Penguin Random House Grupo.
- Pecourt, J. (2008). *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*. Madrid: CIS.
- Wilhelmi, G. (2016). *Romper el consenso. La izquierda radical en la transición española (1975-1982)*. Madrid: Siglo XXI.

